

La CNT en el Gobierno según su prensa

Antonio Moreno Toledo, *Historia Libertaria*, n°2, enero de 1979, pp. 26-29.

El militante anarcosindicalista Antonio Moreno Toledo, muerto el pasado agosto en Madrid, a los ochenta y dos años, dejó un borrador de memorias que seguramente nunca verán la luz, como tantos otros testimonios de sencillos militantes. Como homenaje a ese ejército anónimo de luchadores obreros que hacen la verdadera historia, *Historia Libertaria* publica parte del capítulo que dedicaba a glosar el juicio que mereció en los medios anarquistas la colaboración gubernamental de CNT-FAI.

Por las generaciones futuras

A Lola, Emilia y Ángel: por su emocionante solidaridad.

Te has muerto, Antonio, sin saberlo, y todos nosotros, tus compañeros, echamos de menos al Gran Cascarrabias. Ya no volverá más tu planta de caballero; un solo traje a rayas bajo el colchón.

Ni dirás entre dientes se-ño-ri-ta a tantas chicas, todo corrección y distancia, tú que discretamente las temías más que a un nublado. Ni el canario, allá en el patio, tendrá su diario rancho de huevo duro bien picado.

¡Quién te ha visto y quién te ve! Antonio, viejo gruñón, intrigante, criticón afilado, chismoso, charlatán de largo oficio, espléndido tipo anacrónico, vegetariano, político -con perdón-, liante, castizo, gran señor.

Hay que saber esperar, templar y mandar -decías-; ya llegará nuestro momento: es la hora de los incapaces, y tenías un pie en el otro barrio y el izquierdo en la CNT. Aunque nos recibieras en tu casa de Cenicientos (Bravo Murillo arriba, por donde Cipriano -otro viejo zorro-, siendo muchachos, te trampeará al chito) con un si me llegáis a ver ayer; hoy estoy hecho un picador.

Adiós, Antonio... arrieros somos, los chicos del sindicato habrán respirado; ya no les joderás más pidiendo la palabra en las asambleas para sentar las cosas, -¡tanto pasota y tanta hostia! Vienen tiempos difíciles y la lucha continúa. Y yo me quedo con ese horrible cuadro para tu compañera. ¡Qué disgusto el tuyo! Salud, Antonio y por favor, ahora que vuelves al exilio, no les armes el bochinche: descansa en paz.

R. C.

La gran aventura

En el anarquismo nacional e internacional se había producido un trauma considerable al enjuiciar la decisión de entrar a formar parte del Gobierno y la colaboración con las fuerzas militares del Estado. Federico Urales, hombre digno por todos los conceptos y magistral autor de obras y artículos sobre Anarquismo, opinaba al respecto:

Decir que la CNT y los anarquistas no son políticos y que ahora quieren serlo, por reclamar participación en la fábrica gubernamental, es como decir que los libertarios hemos de desempeñar la misión que, en la sociedad burguesa, desempeñan los asalariados: el de instrumentos, el de subalternos, el de trabaja y calla, el del silencio, aunque te maten. Políticos lo fueron los anarquistas, no al pedir participación en los destinos de España, sino antes: al coger el fusil para influir en aquellos destinos. Y entonces nadie se lo echó en cara. Sacrificarnos por una causa que ha de redundar en bien de todos, es muy justo. Sacrificarnos por una causa que podría beneficiar a un sector político, sería muy tonto. Y los anarquistas hemos demostrado que servimos para muchas cosas, incluso para ser en exceso confiados; pero no para tontos.

Y el editorial de *Acracia*, titulado “La sofística de los términos”, de mayo de 1936, argumentaba:

No hacemos la guerra por hacer la guerra. Si nuestro movimiento debiera ser encuadrado en un calificativo cerrado, este calificativo no sería el de guerra, sino de revolución.

Estamos en tiempo de dar a nuestras expresiones el mayor grado de comprensibilidad posible. Los hechos y las ideas definidas deben tener su propia calificación verbal. Hay que acabar con el equívoco de las frases dobles que enredan el léxico. Y es que con frecuencia, de una cuestión de palabras, se salta a la consumación de los hechos. Tanto jalearse el término guerra como sinónimo de revolución nos ha llevado a dotar a esta guerra de todos aquellos complementos belicosos que nos fueron siempre odiosos; el ejército regular y la disciplina. Con la disciplina, intrínsecamente considerada, ha ocurrido otro tanto. No han faltado compañeros que coqueteando con el término, ni más ni menos que otros por su buena fe, nos hablan de disciplina expresando como tal concepto diametralmente opuesto a la libertad. Y esto, más que humanizar la disciplina, es bestializar la libertad. No está tan lejano el día que en nuestros medios tratábase de dar de la disciplina una versión que implicaba orden y responsabilidad compatibles con la anarquía. Este empeño evocó siempre en nosotros la idea del buen gobierno o de la autoridad tutelar, esgrimidos como oposición al gobierno despótico o francamente autoritario. Y de la misma manera que no ha sido posible dividir en buenos y malos los gobiernos, sino en malos y peores, si cabe, hemos podido apreciar, en el correr de los tiempos, la confluencia cuartelaría de todas las disciplinas.

Nosotros afirmamos que todas las guerras son nefastas. Siuviésemos la convicción de que estamos haciendo la guerra seríamos los primeros desertores. Y es que la guerra no estalla jamás en beneficio de los que la hacen y padecen sus estragos. Nosotros no luchamos aquí para beneficiar el interés privado de nadie, aunque no faltarán conspicuos que pretenderán derivar los resultados de nuestras luchas, jugar al alza y baja de nuestros triunfos y nuestros fracasos, convirtiendo en campo de operaciones bursátiles nuestra retaguardia.

Nosotros luchamos contra el privilegio y no por la nación. Por la Libertad y no por la patria. Por la Anarquía y no por la República. Exponemos nuestra vida para beneficio colectivo y no de una casta atrincherada en la impunidad. Mientras quede uno de nosotros en pie, la Revolución Social, que es el nombre de pila de nuestro movimiento liberador, no dejará de tener defensores y combatientes, con la pluma o con los puños, con la palabra o con el fusil.

No hacemos la guerra; la guerra se hace siempre a cuenta de un segundo y entre hermanos pobres de espíritu. Nosotros hacemos la revolución para todos los seres humanos y contra las castas supervivientes del parasitismo y la egolatría. Y como hacemos la revolución, ni un palmo de terreno reconquistado debe dejar de ser acoplado al ritmo transformador, contra el croar de batracio de quienes chapotean en la charca politiquera, a falta de arrestos y facultades para elevar con dignidad la frente y ofrecerla al beso del sol.

Diego Abad de Santillán, escritor y publicista de renombre universal, escribió respecto a la colaboración gubernamental:

El comité de milicias de Cataluña garantizaba la supremacía del pueblo en armas, garantizaba la autonomía de Cataluña, garantizaba la pureza y legitimidad de la guerra, garantizaba la resurrección del ritmo español y del alma española; pero se nos decía y repetía sin cesar que mientras persistiéramos en mantenerlo, es decir, que mientras persistiéramos en afianzar el poder popular, j no llegarían armas a Cataluña, ni se nos proporcionarían divisas para adquirirlas en el extranjero y mucho menos, facilitarnos materias primas para la industria.

Y como perder la guerra equivalía a perderlo todo, a volver a un Estado como el que privó en la España de Fernando VII, en la convicción de que el impulso dado por nuestro pueblo y nosotros no podría desaparecer del todo de los cuerpos armados y militarizados que proyectaba el Gobierno central, dejamos el Comité de Milicias para incorporarnos al Gobierno de la Generalidad de Cataluña, en la Conserjería de Defensa y en otros departamentos vitales del gobierno autónomo.

Por su parte, el legendario Buenaventura Durruti declaraba en Madrid, al diario confederal CNT: *Nosotros hacemos la guerra y la revolución al mismo tiempo. Las medidas revolucionarias no se toman únicamente en Barcelona, sino que llegan hasta la línea de fuego. Cada pueblo que conquistamos empieza a desenvolverse revolucionariamente.*

Ecós foráneos

En el anarquismo internacional, las opiniones fueron muy diversas. Se volvía otra vez a plantear la querrela de la primera guerra Europea, en la que había aparecido un manifiesto aprobándola y distintas opiniones en contra de la intervención de la clase trabajadora en el conflicto bélico.

En esta ocasión corresponde al inteligente anarquista francés, Sebastián Faure, la fraternal diatriba contra la intervención gubernamental que bajo el título de “La Pendiente fatal”, vio la luz en Montevideo, en 1937.

Pienso en nuestros amigos de España, y particularmente en García Oliver y Federica Montseny. Pienso en la reciente Conferencia de París y en lo que han manifestado, en las explicaciones que han dado, en las informaciones que han suministrado los dos representantes de la CNT-FAL Ambos han recurrido a la magnífica elocuencia que poseen para aclararnos detalles y explicarnos el conjunto de circunstancias que, según ellos, les han puesto, por decirlo así, por fuerza, en la obligación de aceptar la participación ministerial que se les ofreció.

Pues bien. Nuestros hermanos de allende los Pirineos permitirán que les diga, amigablemente, fraternalmente, que, según mi sentir, han cometido -irreflexivamente, estoy seguro- un grave error al no rechazar la pérfida oferta que se les hacía de una cartera ministerial. Es este error inicial el que ha llevado aparejado consigo todos los demás. Esta dolorosa concesión (quiero creer que la entrada en el gobierno la han considerado como un sacrificio que les imponían las circunstancias) ha sido el punto de partida de todos los errores que han seguido.

Que un político, que pertenezca a una agrupación política, acepte entrar en un gabinete ministerial; que tenga esa ambición, que solicite ese honor y esas ventajas, es muy natural; este hombre juega su carta, toma su chance, se precipita por el camino trazado y tendrá buen cuidado de no desaprovechar la ocasión. Pero que un anarcosindicalista, que un anarquista acepte un ministerio, es ya otra cosa. El anarcosindicalista ha escrito en su bandera, con grandes caracteres, “Muerte al Estado”. El anarquista ha escrito con letras de fuego sobre la suya: “Muerte a la autoridad”. Ambos están ligados por un programa claro y preciso, basado sobre principios claros y precisos. Nada ni nadie les obliga a adherirse a estos principios. Con toda independencia y con pleno conocimiento de causa, deliberadamente, han suscrito estos principios; han sostenido, propagado y defendido este programa.

Siendo así, sostengo que el anarcosindicalista no puede figurar entre aquellos que tienen la misión de conducir el carro del Estado, puesto que está convencido de que este carro, “este famoso carro”, debe ser absolutamente destruido. Y digo que el anarquista tiene el deber de rechazar toda función autoritaria, puesto que está plenamente convencido de que debe destruirse toda autoridad.

No faltará quien me objete que, razonando de tal forma, sólo tengo en cuenta los principios, y que, muchas veces, el curso de los acontecimientos, las circunstancias, los hechos, es decir, lo que comúnmente se llama realidad, contradicen los principios y ponen a aquellos que elevan a la categoría de culto el amor y el respeto a los principios en la necesidad de alejarse provisionalmente de ellos, prontos a volver a su viejo puesto cuando las nuevas realidades hagan posible el retorno. Comprendo la objeción, y he aquí mi respuesta:

Primero. De dos cosas una: Si la realidad contradice los principios, es que son falsos, y en este caso debemos apresurarnos a abandonarlos; debemos tener la lealtad de confesar públicamente su falsedad, y debemos tener el valor de poner, en combatirlos, tanto ardor y actividad como pusimos en defenderlos. E inmediatamente debemos, asimismo, ponernos a buscar principios más sólidos, más justos e infalibles.

Si, por el contrario, los principios sobre los cuales descansan nuestra ideología y nuestra táctica conservan, cualesquiera que sean los hechos, toda su consistencia, y valen hoy tanto como valían ayer, en este caso debemos serles fieles.

Segundo. Creo que el experimento intentado por nuestros camaradas de Cataluña, muy lejos de comprometer la solidez de nuestros principios y de debilitar y destruir su justicia, puede y debe tener por resultado, si sabemos recoger las preciosas enseñanzas que contiene este experimento y utilizarlas, demostrar la exactitud de nuestros principios y su fortaleza. La CNT y la FAI son todavía

poderosas en España. Gozan aún de un prestigio considerable y de una influencia sobre el proletariado de la ciudad y del campo cuya fuerza nadie podría, razonablemente, discutir.

¿Creen nuestros amigos de España y del extranjero que la experiencia ministerial de que hablo ha reforzado ese poder, ese prestigio, esa influencia? ¿O juzgan, por el contrario, que ese prestigio y esa fuerza se han debilitado?

En primer lugar, está fuera de duda que si la participación efectiva en el poder central ha tenido la aprobación de la mayoría en el seno de los sindicatos y de las agrupaciones afiliadas a la FAI, esta decisión ha encontrado en muchas partes la oposición de una minoría más o menos importante, puesto que no ha habido unanimidad. La unidad interna que existía en cada una de estas organizaciones no se ha roto ni hubo escisiones, pero es vacilante.

En segundo lugar, a la inversa, los partidos políticos llamados a tomar parte en la acción ministerial al lado de los delegados de la masa obrera y campesina, han aumentado de modo sensible su influencia, han fortificado las posiciones que ocupaban antes y conquistan otras nuevas. Y a partir de la aplicación oficial de los procedimientos reformistas y colaboracionistas que les son familiares, han contrabalanceado y amenazado poco a poco el espíritu de lucha de clases revolucionaria y los métodos de acción directa que derivan lógicamente de dicho espíritu.

En tercer lugar, la mentalidad y la costumbre que la organización federalista de la CNT y de la FAI habían lógicamente determinado y automáticamente aclimatado en las masas obreras, han sido sensiblemente lesionadas como consecuencia de la introducción de sus representantes más destacados en los consejos gubernamentales esencialmente centralizados.

El eje de la acción por realizar, de la lucha por librar, de las decisiones por tomar y por imponer y hasta de las responsabilidades por afirmar, se ha encontrado, ipso facto, lógica y automáticamente desviado. El impulso no ha partido ya de la base, sino del vértice, la dirección no parte de las masas, sino de los jefes.

Tenue y vaga se había iniciado una labor de crítica hacia los que admitían la colaboración o hacían labor de organización autogestionaria. Ello era motivo de preocupación entre la militancia. La obra realizada en colectivizaciones; los trabajos entre los núcleos nacionalizados se hallaban faltos de cohesión, de uniformidad. Hubo que apresurar la organización de las industrias, creando allá donde no lo estaban las Federaciones Nacionales de Industria, y una vez estas en plena actividad, la organización de un Consejo de Economía confederal se imponía.

A este fin, y con carácter apremiante se organizó un Congreso Regional en Cataluña el 26 de febrero de 1937, al que asistieron delegados representando más de un millón de trabajadores. Unos días antes del Congreso, vuelve Juan Peiró, en *Solidaridad Obrera*, a insistir sobre la necesidad de articular la organización en un sistema amplio y eficaz, que permita la obra revolucionaria.

Aun con riesgo de sentar nuevamente plaza de hereje, yo me veo compelido a proclamar que en la CNT se echan de menos los órganos directrices y administrativos de la nueva economía y, como otras tantas veces, yo digo que a la CNT le faltan ahora las Federaciones Nacionales de Industria, porque el mundo de la producción y de la economía es un todo nacional algo inconcebible cuando se pretende de él un movimiento multiforme, desarticulado. La nueva economía, según nuestras concepciones teóricas, puede y debe descansar en el sindicato, que es el órgano creador y capaz de articularla. Pero el movimiento industrial y la economía forman un conjunto nacional de independencia, ya porque las industrias de una zona deben marchar al unísono de sus hermanas y similares de las otras zonas, ya porque la economía del sur de un país va estrechamente ligada con la del norte, y las de estas dos latitudes, con las del este y el oeste; y la formación de este conjunto, a todas luces incontrovertible en cuanto a su necesidad, la que exige que el sindicato tenga superestructura nacional, no con expresiones genéricas y sí con manifestaciones concretas y específicas.

Yo no soy hombre que esconda nunca mi pensamiento y por eso he dicho repetidamente que por encima de la revolución antes es la guerra. Y al decirlo nunca estuvo en mí el propósito de renunciar a la revolución. Esto sería imperdonable. Lo que siempre quise decir, y ahora lo repito, es que, antes de pensar en colectivizaciones, tiene preferencia la función de crear los órganos y la capacidad para dirigir y administrar la nueva economía sin necesidad de clase alguna de tutelas del Estado y sus instituciones.

Y para finalizar, veamos cual fue la reacción de la propia Federica Montseny a través de las páginas de *Solidaridad Obrera* (4-XI-1936):

La entrada de la CNT en el gobierno central es uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país. De siempre, por principio y convicción, la CNT ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de gobierno. Pero las circunstancias, superiores casi siempre a la voluntad humana, aunque determinadas por ella, han desfigurado la naturaleza del gobierno y del Estado español. El gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT. Las funciones del Estado quedarán reducidas, de acuerdo con las organizaciones obreras, a regularizar la marcha de la vida económica y social del país. Y el gobierno no tendrá otra preocupación que la de dirigir bien la guerra y coordinar la obra revolucionaria en un plan general. Nuestros camaradas llevarán al gobierno la voluntad colectiva y mayoritaria de las masas obreras reunidas previamente en grandes asambleas generales. No defenderán ningún criterio personal o caprichoso, sino las determinaciones libremente tomadas por los centenares de miles de obreros organizados en la CNT. Es una fatalidad histórica la que pesa sobre todas las cosas. Y esa fatalidad la acepta la CNT para servir al país, con el interés puesto en ganar pronto la guerra y para que la revolución popular no sea desfigurada. Tenemos la seguridad absoluta de que los camaradas elegidos para representar a la CNT en el gobierno sabrán cumplir con el deber y la misión que se les ha encomendado. En ellos no se ha de ver a las personas, sino a la organización que representan. No son gobernantes ni estatales, sino guerreros y revolucionarios al servicio de la victoria antifascista. Y esa victoria será tanto más rápida y rotunda cuanto mayor sea el apoyo que les prestemos.